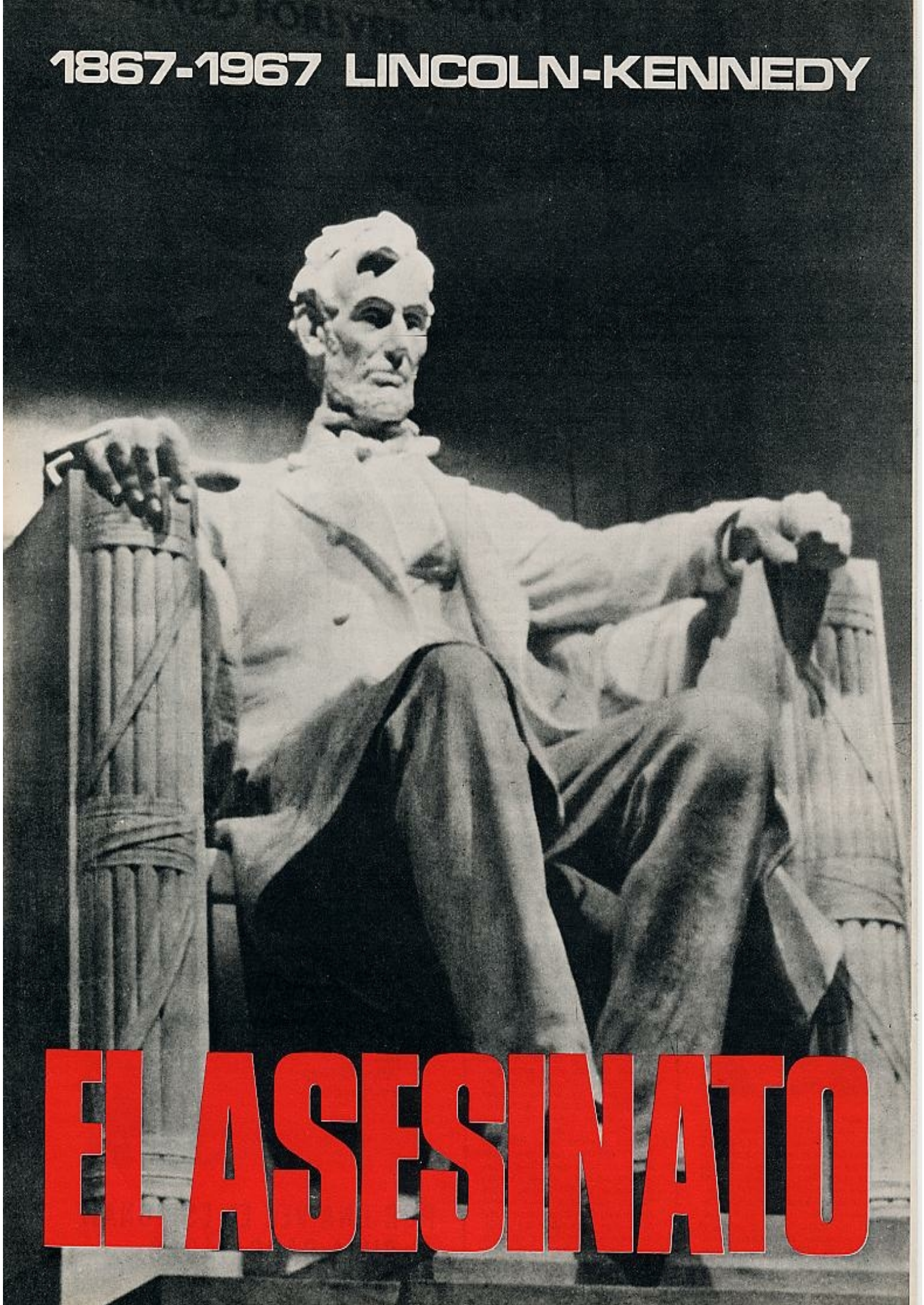


1867-1967 LINCOLN-KENNEDY



EL ASESINATO

2

UNA de las falacias que se repiten con más frecuencia en relación con el asesinato de Kennedy es que no existe ningún precedente histórico de conspiración para la muerte violenta de un presidente de los Estados Unidos. En mi libro «¿Quién mató a Kennedy?» señalé ya la falsedad de tal afirmación.

En la noche del 14 de abril de 1865, a las ocho, para ser más exactos, dos hombres se reunieron en secreto. Uno de ellos entregó al otro un pequeño paquete envuelto y tras comprobar si sus relojes marcaban la misma hora, se separaron.

Uno de estos hombres, John Wilkes Booth, llegaría a ser tan famoso como Lee Harvey Oswald. Dos horas más tarde, cuando el presidente de los Estados Unidos se encontraba en un palco del Ford's Theatre, Booth apareció de pronto tras de él, le disparó una bala en la cabeza y saltó de un salto al escenario, desde donde dirigió a la audiencia estas palabras: «Sic semper tyrannis». Antes de que el público pudiese reaccionar, Booth huyó del lugar del magnicidio con un caballo que había dejado en la parte trasera del edificio.

Todo esto lo saben en Estados Unidos hasta los niños. Pero, al parecer, la mayor parte entre los más respetables periodistas americanos han olvidado el hecho de que la historia de Booth no termina ahí. Y es que John Wilkes Booth no fue el único asesino que pasó por Washington, ni tampoco fue Lincoln la única persona contra la que se disparó aquella noche.

En el mismo instante en que Booth tiró de pistola, el joven con quien se había reunido dos horas antes, miró su reloj, saltó sobre un caballo y subió a todo galope hasta la residencia de William H. Seward, secretario de Estado y acérrimo enemigo de la esclavitud, al que Lincoln había derrotado, precisamente, en la Convención Nacional de 1860. El joven del caballo se llamaba Lewis Thornton y era natural del Estado de Florida. Había hecho su servicio militar en el ejército del Sur y, siempre luchando por la misma causa, había colgado su uniforme para cruzar al territorio de la Unión, donde cambió su nombre por el de «Payne». El joven Powell sabía —porque se lo había dicho Booth— que unos días antes, William H. Seward había sido herido en un accidente, resultando con fractura de mandíbula y brazo derecho.

Al llegar a la puerta de la residencia de Seward, el «compinche» de Booth llamó y esperó a que salieran a abrirle. Cuando el mayordomo le preguntó qué quería, Powell le dijo que era portador de un paquete urgente que contenía una medicina enviada por el médico que le estaba tratando, añadiendo que el paquete debería entregarlo personalmente al médico que vigilaba junto al paciente.

Powell no esperó a que el mayordomo le invitase a pasar, sino que se precipitó hacia las escaleras que conducían hasta la habitación de Seward. El mayordomo le siguió, protestando por su descortés irrupción. Uno de los hijos de Seward, Frederik, secretario de Estado adjunto, oyó la disputa entre Powell y el mayordomo e,



El 14 de abril de 1865, el actor John Wilkes Booth asesinó al presidente Lincoln en un palco del Ford's Theatre, de Washington. Booth no era «un loco solitario» y actuó dentro de un grupo: dos horas antes del crimen estudió los pormenores del mismo con otro compinche encargado de eliminar al vicepresidente Seward.

indignado porque alguien molestaba a su padre, intervino entre ambos. Le dijo a Powell que no podía dejarle pasar, pero le aseguró que la medicina sería entregada inmediatamente a su destinatario. Powell se quedó dudando unos segundos, confuso ante la intervención de un miembro de la familia. Pero se rehizo y se lanzó bruscamente, pistola en mano, sobre el hijo de la víctima en potencia, mas la pistola no disparó y blandiéndola entonces, a guisa de porra, golpeó al hijo del secretario, quien cayó al suelo sin sentido. Pasaron semanas, antes de que Frederik Seward saliera del estado de coma en que le había sumido el golpe, y como han escrito Nicolás y Hay, fue uno de los últimos americanos en enterarse de que el presidente estaba siendo asesinado en ese mismo momento.

Dentro del dormitorio de Seward se encontraban, en aquel instante, la hija de éste y un enfermero del Cuerpo Médico del Ejército. Al ver al intruso, ambos se abalanzaron sobre él, pero el joven asesino sacó su puñal y se lo clavó al enfermero que se desplomó gravemente herido. Powell apartó de un empujón a la hija de Seward, que le cerraba el paso, y se dirigió precipitadamente hacia el lecho del enfermo, clavando repetidas veces el puñal en el cuerpo indefenso de la víctima. Tres veces penetró la hoja en el cuello y en el rostro de Seward, mientras éste, retorciéndose en su lecho, trataba de esquivar el golpe fatal. Para ello se dejó caer al suelo e intentó refugiarse entre la cama y la pared. Mientras Seward se debatía angustiosamente, el enfermero se había puesto en pie con mucho esfuerzo y trataba de retener al asesino, agarrándole por detrás. Pero estaba tan débil que no pudo evitar que Powell se volviera y le clavara el puñal dos veces en el hombro.

Entre tanto, la hija de Seward no había dejado de gritar. Atraído por estos gritos, el hijo segundo de Seward, Augustus, coronel del ejército,

acudió precipitadamente a la alcoba de su padre. Agarró a Powell y, aunque gravemente herido en la cabeza y en el rostro, logró sacarle de la habitación y llevárselo al pasillo, donde un criado intentó capturarlo. Powell se revolvió como una fiera, hirió al criado y logró escapar.

Ahora bien, mientras los investigadores del asesinato de Kennedy mantienen que fue un «loco solitario» el autor de los disparos que acabaron con el presidente y que, más tarde, fue el mismo quien atacó al policía Tippet en otro barrio extremo, a ningún funcionario del Gobierno se le ocurrió sugerir, después del asesinato de Lincoln, que había sido el mismo hombre el que había matado a Lincoln en el Ford's Theatre y el que, momentos después, llamaba a la puerta de la residencia de Seward. Desde el primer momento, todo el mundo sospechó que ambos sucesos guardaban relación entre sí, pues el intervalo de tiempo transcurrido entre uno y otro era demasiado corto como para que el mismo hombre hubiese podido cometer ambos crímenes.

La Policía sabía, desde el principio, que había por lo menos dos hombres en libertad, y aunque no disponía de las modernas técnicas de investigación criminal que existen hoy, bastaron dos días para averiguar la relación existente entre los dos asesinatos y para capturar a Powell. Al mismo tiempo, arrestaron a otros cómplices y averiguaron que el complot incluía un tercer intento de asesinato, el del vicepresidente Andrew Johnson, que ya en ese momento había sucedido a Lincoln en la Casa Blanca.

Johnson era un sudista y había sido elegido para la vicepresidencia con vistas a aplacar al Sur. En la Administración había representado un papel insignificante, pues las principales figuras eran los intelectuales del Este, como Seward.

Durante los primeros meses en la Casa Blanca, Johnson era una especie de som-

SIGUE



La Confederación no fue ajena a la muerte de Lincoln, que aparece aquí discutiendo las condiciones de paz con sus generales y jefes de la flota: de izquierda a derecha, comodoro David D. Porter, comodoro David G. Farragut, general William T. Sherman, general George H. Thomas, general Ulysses S. Grant y general Sheridan.

bra del presidente, pero, tres años después, antes de terminar su mandato, se le llegó a identificar de tal forma con la política de la Reconstrucción, que trataron de destituirlo. Al someter el asunto a votación, en el Senado, hubo 35 votos de censura y sólo 19 a su favor, pero como se precisaba una mayoría de dos tercios, no prosperó la propuesta. Sin embargo, por la época en que murió Lincoln, los grupos de extrema derecha estaban plenamente convencidos de que Johnson había traicionado al Sur, su tierra natal, y George Atzerodt, espía de la Confederación, fue designado para acabar con él la misma noche en que Booth y Powell mataron a sus dos víctimas. Al parecer, Atzerodt no logró su propósito por falta de valor; pero el tribunal encargado del caso dictaminó que era culpable de conspiración, junto a los otros asesinos.

Powell tampoco era, jurídicamente, un asesino

porque su víctima, Seward, había sobrevivido, sorprendentemente, a sus heridas. Pero se le condenó a muerte, debido a su larga serie de asesinatos en potencia.

Mary E. Surratt, partidaria de los confederados, en cuya taberna celebraron los conspiradores sus reuniones secretas y que les ayudó también a conseguir armas, fue igualmente condenada.

El cuarto conspirador condenado a muerte fue David E. Herold, aprendiz de droguero, que participó en los preparativos del crimen y ayudó a Booth a escapar a Virginia.

Los cuatro fueron ahorcados el 7 de julio de 1865, menos de tres meses después de que Lincoln fuese asesinado.

Ahora bien, Booth —al igual que Oswald— no fue ejecutado, sino que murió bajo la vigilancia de los hombres encargados de arrestarlo.

Booth consiguió burlar a sus perseguidores durante once días, huyendo a un Estado confederado. Pero como la guerra había terminado, Booth fue perseguido hasta el interior de la Confederación. Lo encontraron en un almacén de tabaco. Su compañero, Herold, se había rendido. E. P. Deherty, el teniente que mandaba el pelotón encargado de dar caza al fugitivo, ordenó que, si era necesario para hacer salir a Booth, se prendiese fuego al almacén. Booth no disparó en ningún momento contra sus perseguidores y no tenía escapatoria posible. Pero Boston Corbett, un sargento, encará su rifle y mató a Booth de un balazo sin darle siquiera tiempo a rendirse.

¿hubo conspiración para asesinar a Lincoln?

Esta pregunta sólo puede hacerla alguien que ignore todos estos acontecimientos que forman parte de la historia de los Estados Unidos.

Lincoln no fue muerto por un «asesino solitario». La única pregunta que puede admitir discusión es hasta qué punto estaban comprometidos en el complot los más respetables entre sus enemigos políticos.

Los cuatro conspiradores ahorcados y los cómplices arrestados no eran, en realidad, más que simples marionetas manejadas por personas mucho más importantes.

No puede negarse que John Wilkes Booth era, verdaderamente, la cabeza visible de los conspiradores. Pero las pruebas presentadas en el juicio por los fiscales del Gobierno norteamericano indican que Booth no era más que un teniente y que su plan recibió apoyo financiero de personajes importantes. El acta de acusación citaba directamente esta fuente de ingresos. También decía el acta que los reos habían conspirado a traición y maliciosa e ilegalmente con (...) Jefferson Davis (...) y otros desconocidos para matar a (...) Abraham Lincoln (...) Andrew Johnson (...) William H. Seward.

Hay que recalcar bien que —en opinión de los fiscales del Gobierno que llevaron a cabo la investigación— el presidente de la Confederación participó personalmente en aquel asesinato; que conocía de antemano el plan de Booth, plan que no era sino de uno de los varios que había; que sus agentes habían estudiado todos y cada uno de los proyectos destinados a acabar con Lincoln y que habían financiado todos aquellos que les habían parecido viables.

Así, por ejemplo, el presidente de la Confe-

En marzo de 1865 hubo una recepción en la Casa Blanca. En el cuadro figuran el presidente y su mujer, el general Grant con la suya y Sherman, secretario de Guerra.





El presidente Lincoln era un hombre civil, pero durante la guerra de Secesión planteó parte de la estrategia bélica e, incluso, dirigió movimientos tácticos. El 12 de julio de 1864, desde un parapeto de Fort Stevens, estuvo mandando la artillería que detuvo el avance de los confederados hacia la capital de la Unión, Washington.

deración recibió una carta del teniente Alton, oficial del ejército sudista, que le proponía organizar un complot para asesinar a Lincoln. La carta, encontrada en los archivos de la Confederación después de acabar la guerra, iba acompañada de una nota indicativa de que el presidente de la Confederación había pasado el proyecto propuesto a la oficina del Secretario de la Guerra, donde el subsecretario la estudió con todo detalle. Después de investigar si el proyecto era o no factible militarmente, la carta se envió a la oficina del general ayudante para someterla de nuevo a un cuidadoso estudio. Algunos de los fiscales que participaron en el juicio de Booth manifestaron que no había dudas de que el plan de éste fue discutido del mismo modo en las oficinas de los dirigentes sudistas y ordenaron el arresto de Davis, acusándolo de inductor del crimen.

Los fiscales demostraron que la conspiración de Booth no era, como siguen figurándose muchos ciudadanos de este país, producto de un repentino deseo de venganza por la derrota que había sufrido el Sur. En principio fue planteada como una conspiración militar en el curso de la cual Lincoln debería ser raptado en vez de asesinado. Una vez capturado, una red de sudistas debería ayudar a Booth a pasar la frontera con su cautivo para entregarle al Gobierno de la Confederación. Booth, autor de este plan, se trasladó a Canadá para discutirlo con un agente del Sur. Booth no sólo consiguió la aprobación de éste, sino también la ayuda financiera de Jacob Thompson, ministro del Interior con el ex presidente Buchanan y ahora principal emisario del presidente de la Confederación. Thompson firmó un cheque como «agente de Jefferson Davis». Este cheque a favor de J. Wilkes Booth fue presentado ante el tribunal por John A. Bingham, fiscal especial del Gobierno, quien afirmó: «Seguramente no necesitamos decir nada más para demostrar que...

Jefferson Davis y sus diversos agentes nombrados en el Canadá, estaban complicados en la conspiración. Si desean más pruebas para que quede palmariamente demostrada la complicidad de Davis, el papel que se le encontró al asesino contratado por Booth puede dar por sí solo testimonio de su culpabilidad».

Los amigos de Booth observaron que, desde que éste volvió del Canadá disponía de mucho dinero, lo cual les extrañó muchísimo. Cuando le preguntaron dónde lo había conseguido, contestó que mediante especulaciones financieras, pero su corredor demostró que, por el contrario, todas sus operaciones de Bolsa habían sido un verdadero desastre. Por ello, el tribunal dedujo que había obtenido el dinero de otra forma. Aunque Booth recibió el apoyo económico que necesitaba para su proyecto, no pudo elegir momento idóneo para su ejecución. Lincoln estaba muy bien protegido. Paulatinamente, sus asociados se fueron desmoralizando hasta el punto en que, cuando ya parecía inevitable la derrota de la Confederación, uno de ellos escribió a Booth una carta, dieciocho días antes del asesinato del presidente, en la que sugería que se podría abandonar el plan. Los fiscales del Gobierno americano citaron estos contactos con la capital del Sur como prueba.

El hombre cuyo testimonio habría sido decisivo para conocer el número y la importancia de los complicados en la conspiración, era Booth. Pero Booth —como Oswald— fue silenciado. Es interesante, a la luz de las explicaciones en torno a la locura de Ruby, recordar que Boston Corbett, el hombre que mató a Booth, terminó su vida en un manicomio. Se dice que Corbett no dejó de pensar, un solo momento, en su responsabilidad de haber matado a Booth hasta que, al fin, se volvió loco.

Davis fue arrestado, como es natural. Estuvo encarcelado hasta que se apaciguaron los ánimos que pedían venganza. Cuando, al fin, pudo celebrarse el juicio, se hizo en la capital de la

Confederación, en Richmond. Ninguno de los testigos que declararon en 1865 en el sentido de que Davis estuviera relacionado en el asesinato de Lincoln, quiso repetir su testimonio. Los jueces de Virginia no pudieron llegar a un acuerdo para poder llegar a veredicto definitivo. Davis fue puesto en libertad bajo fianza que satisfizo, en su mayor parte, un millonario del Norte, quien declaró que nada se adelantaría castigando a los dirigentes sudistas y que, por el contrario, se necesitaba su ayuda para la reconstrucción general del país. Mientras se esperaba la publicación de un decreto del Tribunal Supremo referente al cargo de traición formulado contra Davis, Andrew Johnson retiró el resto de los cargos que pesaban sobre él.

Otro cómplice menos importante del asesinato de Lincoln era el hijo de Mary E. Surratt, John, que participó en las reuniones celebradas en la taberna de su madre. Pero éste no tuvo tan mala suerte como ella, ya que logró escapar al Canadá y allí se refugió en un monasterio. Más tarde se trasladó a Roma para formar parte del cuerpo de zuevos del Vaticano, pero, a petición del gobierno norteamericano, fue concedida su extradición y, en 1867, se le procesó como inductor de aquel magnicidio. Como en el caso de Davis, el juicio se celebró en una ciudad del Sur, favorable a él. Los jueces tampoco se pusieron de acuerdo y Davis fue absuelto. En «Los asesinos de Kennedy» (véase TRIUNFO, 4 de abril de 1964) llegó a la conclusión, en torno al asesinato de Lincoln, de que los acusados no eran sino ejecutores de una conspiración, cuyos autores, si se exceptúa Booth, nunca fueron castigados. Theodor Roscoe en «The Web of Conspiracy» fue mucho más severo en sus juicios. Su conclusión es la siguiente: «Los hechos indican que los criminales responsables de la muerte de Lincoln lograron librarse del castigo que merecían».